

Contestación al discurso anterior

Por Antonio ARJONA CASTRO

Mucho antes de su venida a Córdoba, José María Ocaña Vergara manifestó su vocación literaria en su pueblo natal de Baena con la publicación de numerosos artículos para el diario *Córdoba* y la revista *Tambor*, principalmente. Desde la cátedra de lengua y literatura españolas aspiró a que sus jóvenes alumnos conocieran y llegaran a amar las principales obras de los escritores cordobeses. En la década de los años sesenta en Baena, brillaba un pequeño foco cultural en el que se agrupaban los amantes del arte y de las bellas letras. Estos afanes cristalizaron en la creación del centro «Amigos del Arte», que publicó durante varias etapas la revista *Tambor*. Yo que vivía en el vecino pueblo de Zuheros, al menos durante las vacaciones, leía admirado la labor que realizaba un grupo de jóvenes entre los que destacaban Antonio Bujalance Frutos, Juan Antonio Bailén García y nuestro recipiendario de hoy en el seno de la Real Academia de Córdoba.

En 1973 José María Ocaña viene a Córdoba cargado de ilusiones en el desempeño de su cátedra y dispuesto a colaborar activamente en la labor cultural de esta corporación. Desde aquel momento he podido comprobar su asidua asistencia y su entusiasmo plasmado en las numerosas publicaciones y comunicaciones que ha llevado a cabo, centradas básicamente en la literatura cordobesa.

Su precoz vocación literaria la manifestó ya desde los estudios de bachillerato cursados como alumno libre en el instituto «Aguilar y Eslava» de la ciudad de Cabra. Posteriormente realiza los estudios de magisterio en la escuela normal «Padre Manjón», de Granada, realizados en solo dos convocatorias, como alumno libre.

Oposita y obtiene plaza en la ciudad de Granada de maestro nacional. Inicia este mismo curso los estudios de filología románica y oposita nuevamente a plazas de más de diez mil habitantes, obteniéndolo, merced al excelente número obtenido, una en Málaga. Todos los estudios realizados hasta tercero de filología románica los hizo José María compaginando su cotidiano trabajo con los estudios. Entonces marcha a Granada de nuevo con la ilusión de proseguir los estudios de cuarto y quinto de filología románica, cursos que aprueba en una sola convocatoria.

Oposita al cuerpo de profesores agregados de institutos nacionales de bachillerato obteniendo la plaza de su especialidad en su pueblo natal, donde desempeña durante tres cursos la jefatura de estudios de la entonces sección delegada. El año 1970 oposita al cuerpo de catedráticos de lengua y literatura españolas, y tras brillantísimas oposiciones obtiene la plaza de Loja donde es nombrado director del citado instituto. Durante los dos cursos siguientes desempeña la dirección del centro de Alcaudete y participa en nuevas

oposiciones para obtener una plaza en Córdoba, eludiendo de esta manera el siempre peligroso sistema del concurso de traslados. Durante dos años actúa como director del instituto «Averroes» y tras la muerte de mi inolvidable profesora doña Luisa Revuelta, de gratisimo recuerdo para numerosos cordobeses, José María solicita la vacante dejada en el instituto «Séneca», a la que accede mediante concurso de traslados.

Cuando se inicia tímidamente la vida universitaria en Córdoba, es llamado José María Ocaña para explicar lingüística y transcripción fonética en el centro de estudios superiores, antecedente del colegio universitario; su labor sería altamente valorada, al formar como alumnos libres a numerosos estudiantes que hoy desempeñan puestos relevantes en las más diversas carreras profesionales.

Ha colaborado activamente en las revistas *Tambor* de Baena; *Fuente del Rey*, y *Adarve*, de Priego, *Cajasur*, *Círculo de la Amistad*, *Córdoba en Mayo* e *Inbaco*. Durante los años 1970-71 desempeñó la corresponsalía del diario *Córdoba* en Baena, donde aparecieron más de cincuenta artículos de temas literarios cordobeses en lo que se veía su progresiva madurez como escritor. Estos artículos, en los que se contaba con buen estilo literario las cosas de su tierra, le valieron la felicitación de los profesores Orozco Díaz y López Estrada. También proyectó su actividad literaria en los diarios *Ideal* de Granada y *Sur* de Málaga.

Entre sus libros destaca el prólogo a la obra *Pastorela* de Carlos Valverde López, hecho en colaboración con Manuel Peláez del Rosal. Sus numerosos estudios sobre la obra *Gaspar de Montellano* del ilustre prieguense Carlos Valverde, podría cristalizar en la tan deseada reedición de la citada novela.

Ha participado en los cuatro cursos de verano de la universidad de Córdoba en las ciudades de Priego y Cabra, donde ha desarrollado la notable influencia de Góngora en la literatura contemporánea. Ha prologado los libros *Canción popular en la villa de Baena* y *Noche de paz* de Santano Serrano y González Varo, respectivamente. Ha pronunciado numerosas conferencias en las ciudades de Priego, Alcaudete, Baena, Málaga, Lucena y Córdoba. En Lucena intervino en los actos de clausura del premio «Barahona de Soto».

Propuesto por la Real Academia de Córdoba, fue nombrado dos veces como miembro del jurado para el premio «Ricardo Molina»; también ha participado como miembro en los premios «Luis de Góngora» y otros certámenes literarios.

Ha actuado como miembro del tribunal de oposiciones a agregados de instituto de bachillerato en Zaragoza y ha participado en los congresos de lingüística y literatura celebrados en Cádiz y Zaragoza.

Se doctora en filología románica con la obra «Creación poética de Francisco Valverde y Perales», un ilustre baenense que destacó en los campos de la poesía, teatro, historia y arqueología.

Alternando esta intensa actividad literaria y docente, ha estudiado la ca-

rrera de Derecho obteniendo la licenciatura por la universidad nacional de educación a distancia.

En su discurso hemos escuchado un análisis de la sociedad del XIX a través de la narrativa cordobesa contemporánea, principalmente por las obras de Pío Baroja, Salvador González Anaya y de mi paisano Carlos Valverde López. Tampoco nos ha faltado un conocimiento profundo de los problemas morales que atenazaron la vida del genial Juan Valera. Los conflictos de orden religioso, afectivo y moral de la sociedad de los pueblos del Sur de Córdoba lo hemos visto precisamente estudiados a través de las principales obras del inmortal egabrense gracias a la doble condición de jurista y de literato de José María Ocaña. Con igual metodología hemos conocido los problemas de la sociedad prieguense por la pluma del letrado y novelista Carlos Valverde López, fundador de una prestigiosa dinastía de abogados prieguenses que hoy sirven con su ética y ciencia jurídica a la sociedad de nuestra Córdoba. Como bien dice José María, la obra de tan ilustre prieguense «enseña deleitando». El tema principal del discurso del nuevo académico encaja entre los mejores de los habidos en la sección de Ciencias Morales y Políticas, que ya de por sí dispone hoy de elementos valiosísimos, lo que hemos podido comprobar hace unos días en el discurso de apertura del curso de esta docta corporación.

Es mi propósito hoy hacer una breve aportación al conocimiento de la sociedad española a través de la narrativa contemporánea, pero el aspecto médico. Los problemas que encontraba el médico en su ejercicio y el juicio que la misma sociedad hacía del médico los analizaremos para así completar la visión de aquella sociedad del XIX, que exhaustivamente hemos conocido en sus aspectos jurídicos y morales por el magnífico discurso del nuevo académico José María Ocaña Vergara.

Las fuentes para el estudio de la medicina española, o mejor dicho de la problemática social en que se desenvolvía, son muchas. Nos interesa sobre todo el juicio que la sociedad hacía sobre los médicos. Las fuentes son literatura, teatro, poesía, novelas costumbristas y periodismo. En el caso concreto de la medicina cordobesa utilizaremos una fuente excepcional: la autobiografía de un médico. Dada la brevedad de nuestro trabajo utilizaremos nada más que algunas fuentes.

Fundamentalmente manejamos las novelas de Galdós, Pardo Bazán y Palacio Valdés (1), la autobiografía es la del médico cordobés Luis María Ramírez de las Casas-Deza.

En Galdós hemos encontrado, siguiendo el camino abierto por el profesor Sánchez Granjel (2), «uno de los documentos donde de modo más fácil y detallado se perpetúa la idea que la sociedad española de entonces tenía del profesional médico, el modo como entendía y enjuiciaba su quehacer y el saber que daba prestigio a su arte» (3).

(1) Pérez Galdós, B.: *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1941-1942, 5 vols. Pardo Bazán, E.: *Los pazos de Ulloa*, Madrid, María Teresa Urraca, 1944. Palacio Valdés, A.: *El idilio de un enfermo*, Madrid, 1933.

(2) Sánchez Granjel, L.: «El médico galdosiano», *Arc. Iber. Hist. Med. y Antr. Méd.*, 1954, 163-176.

(3) *Ibid.*

El testimonio dado por la novela de Palacio Valdés interesa sobre todo por ensancharnos a un mundo distinto al de la corte entrándonos en el mundo rural. Para ello, en el caso de la medicina ejercida en el ambiente rural, tenemos el testimonio de Luis María Ramírez de las Casas-Deza (4).

El médico, como tipo social y como clase, así como la medicina como ciencia, gozaron en el siglo XIX de gran prestigio, de fervoroso prestigio. Conocemos el fervor científicista de que hicieron gala los hombres avanzados del pasado siglo; todo él se vuelca sobre la figura del médico. Las palabras entusiasta y fervorosas, aunque adrede hinchadas, del ingeniero galdosiano Pepe Rey en la obra *doña Perfecta*; sobre el papel de la ciencia y la actitud del científico, pueden ser aplicadas al médico y a la medicina, considerados aquél y ésta por Galdós como concretas encarnaciones de la ciencia.

Contribuye al prestigio social la buena y sólida formación de los médicos, la eficacia de su ejercicio y la pericia alcanzada en algunas ramas de la medicina y cirugía. Benito Pérez Galdós nos recuerda en su obra *Marianela* a Teodoro Golfín, «artífice sublime en cuyas manos el cuchillo del cirujano eran cincel del genio» (5). La sociedad galdosiana, ¿no nos ofrece ejemplo sobrado del respeto alcanzado por el internista? Dan fe de él los altos puestos sociales alcanzados por los médicos, los altos honorarios exigidos, y aun la indumentaria que éste vestía a principios de siglo, desaparecida luego por un proceso de democratización reflejado por los escritores costumbristas. Ante esta importancia progresiva que vemos alcanzar al médico en este siglo, ¿cómo se sitúa la sociedad de su tiempo? ¿Cuáles son los modos que adoptan las gentes de este siglo ante su figura? Tres son, a mi juicio, las posturas que adopta el hombre del XIX ante el médico: la admirativa, la satírica y la crítica.

La primera postura está muy bien representada por la burguesía galdosiana, para quien el médico es casi el santón de la época. Hemos visto antes en qué podía estar fundada esta admiración: el médico como encarnación del ideal de la ciencia, el conocimiento científico que tiene del cuerpo y sus funciones, la eficacia que van alcanzando sus remedios terapéuticos, la seguridad que presta la cirugía y la finura de las nuevas técnicas de diagnóstico (auscultación, termómetro, etc.), así como el prestigio social alcanzado con su introducción en el seno de la familia como médico de cabecera, en las que en expresión de Galdós (en su obra *El doctor Centeno*) «inspiraba confianza, robustecía la moral». Es el médico que Galdós describe «como el médico aplicadísimo que se encariñaba con los enfermos, mirándolos como amigos» y sentía por ellos «en su corazón pena y lástima de cristiano» (6).

La postura satírica era motivada cuando el médico encubría con charlatanería su ignorancia. Daba pie a ello también el uso indiscreto de palabras técnicas ininteligibles y extrañas a los oídos del pueblo, la excesiva seriedad

(4) Ramírez de las Casas-Deza, L. M.: *Memorias de...*, Córdoba, Universidad e Instituto de Historia de Andalucía, Córdoba, 1977.

(5) Pérez Galdós, B.: *Marianela*, 737.

(6) Pérez Galdós, B.: *El doctor Centeno*, 1926.

y ceremonia de algunas operaciones que algunos escritores describen así: «esos nobles doctores que pasan por sabios y grandes médicos, aunque no lo son..., que todo lo componen a fuerza de tecnología, ensartando con serenidad y embarazo nombres y frases ininteligibles para el mismo Foessio. Que toman el pulso con el reloj por gala y ostentación, aunque sea en una úlcera del pie, y gastan con énfasis un cuarto de hora para recetar goma arábica, llaman dolor de costado a lo que es un simple catarro» (7).

Su prestigio social, situación que va logrando en la buena sociedad, así como el deseo de fabricarse un nombre, hace que la sátira se cebe en él. El médico-cronista José Calvo Martín en su obra *Los españoles pintados por sí mismos* (8) escribe: «El médico viste ahora, como la sociedad, con más colores que un pavo real, con todos los atavíos de un *fashionable*, y no se distingue de los que le acompañan sino por llevar la palabra para responder a la consulta de *amistad*. Debe poner más cuidado en saludar y poner el tratamiento (al que lo tenga) que en el arte de recetar. Ser fino, elegante y admirador del bello sexo; filósofo con las recelosas mamás. No faltar a los bailes y sociedades con el *botiquín* bien provisto, porque allí hay muchos... soponcios que curar. Ser soltero por sí... alguna viuda quisiera tomar estado, recetar *agua de tila, culantrillo y flor de naranja* que es la más urgente necesidad del día, y no pedir el pago de las visitas porque ya es *moda* no pagar» (9). Otras veces se mezcla en la sátira, la política y la indumentaria. «El médico de palacio parece un *jefe político* por su uniforme y no es poca la policía que necesitara algunos santos... lugares que allí se cobija. Los colegiados visten casaca a lo jefe de sección y han perdido hasta el modo de andar. ¡Oh sagrado templo de Hipócrates!, adapta, por Dios, tu traje doctoral, que compatible es con el régimen representativo. Y si no, vuelve la vista a París y Montpellier y verás la toga doctoral grave y circunspecta en todo acto de ceremonia escolástica» (10).

El médico homeópata es objeto de dura sátira. En 1843 se escribe: «Despierta, Paracelso, y admira este siglo homeopático, en el que muchas personas creen que un diezmillonésimo gramo de medicamento tiene una sorprendente virtud para curar. En una palabra: que un grano de quinta disuelto en el agua del estanque del Retiro o el lago de Ginebra es una excelente bebida para curar tercianas. Coge un frasquito de esa maravillosa agua, muévela de abajo arriba y de derecha a izquierda unas doscientas veces y puede habitar sin temor a la vega de Aranjuez o en la campiña de Roma, seguro de llevar contigo el antídoto de la fiebre» (11).

La sátira de la insuficiencia terapéutica del homeopatismo se condensa en la siguiente cuarteta:

sin griego ni latín ni castellano
te hallarás convertido en Avicena

(7) Calvo y Martín, José: *Los españoles pintados por sí mismos*, Madrid, Gaspar y Roig, 1851, p. 142.

(8) Idem: *Los españoles pintados...*, p. 145.

(9) Idem: *Los españoles...*, p. 143.

(10) *Ibid.*

(11) *Ibid.*

con los glóbulos de Hahnemann en la mano
la tisis curarás y la grangrena (12).

Si grande es la admiración por el médico, fuerte y honda es la crítica que de él hace esa misma sociedad. A cuatro podemos reducir los hechos que fundan esa crítica:

a) Falta de sentido social en su ejercicio; así no tiene en cuenta la situación económica del paciente, con lo que hace que los pobres —oscilando entre el asco que les provoca el hospital y la falta de medios para pagar al médico— caigan en manos de barberos, boticarios y practicantes.

b) Ausencia de interés científico, preocupándose más de «fabricar» su fama que de «fundarla».

c) Carencia de sentido y ética profesional. Se critica su avaricia en el cobro de sus honorarios y sirve de escándalo la dicotomía que practica con boticarios y practicantes. El aburguesamiento y pasividad llega a ser total y criminal: «tengo lo que me basta» clama el famoso médico a quien el trabajo de algunos años o una boda ventajosa aseguraron una módica renta, una pequeña propiedad; y renuncia por ella a su futura fama, a sus progresivos adelantos y deja abandonados a sus clientes, y «deja a sus enfermos morir a manos de su ignorancia», según expresión de Mesoneros Romanos en su obra «*Escenas matritenses*».

Hemos visto la crítica que hace la sociedad de un médico de ciudad. Veamos ahora cómo era la jornada de trabajo del médico medio del XIX en el medio urbano. Nos basaremos en el testimonio de varios escritores: en primer lugar en la obra de José Calvo *Los españoles pintados por sí mismos* (13), en el *Idilio de un enfermo* de Palacio Valdés (14) y varias de Benito Pérez Galdós (15). La clientela de nuestro médico se compone «de propietarios, comerciantes, artistas de todas clases y empleados activos». «Ya sus réditos le proporcionan el placer de alquilar un cabriolé, de cuando en cuando, un modesto simón en los días de mucha agitación».

«Tiene treinta y seis años cumplidos». «Vive en cuarto segundo con campanilla de calle». No tiene hora de consulta. A este mismo médico lo veremos, más tarde, con fortuna y fama aumentadas, trasladar «su habitación a cuarto principal»; allí recibe visitar en «bonito gabinete con antesala». Palacio Valdés, en *El idilio de un enfermo*, nos da una descripción: «El gabinete donde daba sus consultas (el doctor Ibarra) distaba mucho de estar decorado con lujo cursi y empalagoso de sala. Se adivinaba que el doctor, al amueblarla, siguió un modelo de todas las salas de espera, al paso que el gabinete había intervenido más directamente con sus gustos y carácter un tanto estafalarios, resultando una decoración severa y modesta no exenta de originalidad» (16).

(12) López Piñero, J. M.; García Ballester, L.; y Faus Sevilla, P.: *Medicina y Sociedad en la España del siglo XIX*, Madrid, 1964, pp. 215 y ss.

(13) Calvo y Martín, José: *Los españoles...*, 144.

(14) Palacio Valdés, A.: *El idilio de un enfermo*, p. 4.

(15) Pérez Galdós, B.: *Marianela*, 728-79; y *Las Bringas*, 1638.

(16) Palacio Valdés, A.: *El idilio de un enfermo*, p. 4.

Pero volvamos a nuestro médico, todavía joven médico. «Sale temprano –relata el cronista José Calvo– después de tomar chocolate» y ocupa toda la mañana en visitar y asistir a centros médicos (hospitales, manicomios, centros asistenciales, etc.). Vuelve a su casa a la hora de comer, y como no tiene todavía hora fija para consulta, se levanta de la mesa, cinco veces antes de concluir» (17). Hombre preocupado por «fundar» su reputación, pero también por «fabricarla» en eso ocupa el resto del día. Para ello asistirá a los actos sociales que le ayuden a conseguirla. Pero no se ha terminado con esto su jornada médica. Nuestro médico del XIX ponen medios para que de noche sus enfermos no queden sin su asistencia. Para resolver el problema monta su vivienda «con campanilla a la calle para mayor comodidad de los vecinos de las doce de la noche en adelante».

Hemos visto a grandes rasgos cómo era la jornada de trabajo del médico medio del XIX en una ciudad. Nos ha ofrecido el ejemplo del ejercicio «libre» de la profesión. De este modo se refleja el liberalismo –típico producto del XIX– en el mismo actuar médico. Veamos ahora cómo ejercía la profesión el médico rural. Para mejor comprender el comportamiento del médico en el pueblo o aldea, digamos antes, de una manera un poco esquemática, cómo era el ambiente social que se respiraba en el amplio muro rural de la España decimonónica.

A comienzos del siglo XIX España seguía viviendo dentro de los esquemas del llamado «viejo régimen». Su estructura era fundamentalmente agraria, expresada según Vicens Vives en la gran propiedad rústica y el señorío. La nobleza, la iglesia, y, más tarde la burguesía, regentaban la mayoría de las fuentes de riqueza. Los nobles, con sus tierras, nombraban por derecho corregidores, alcaldes mayores, bailíos, regidores y demás funcionarios municipales.

En la restauración continuaba siendo España un país eminentemente agrícola. La única diferencia con 1800 era que no existía la potestad señorial. En este ambiente era obligado el caciquismo. El cacique era el rico del pueblo; él mismo es terrateniente o representante del terrateniente que vive en la corte; de él depende la vida del pueblo, que los peones trabajen o no, que los colonos labren las tierras o sean expulsados, que los campesinos medios puedan procurarse un crédito. La autoridad del pueblo está en convivencia con él, el maestro –de sueldo mísero– se le somete y el párroco suele preferir colaborar con él o callar. Al médico, si no colabora, se le hacía la vida imposible. Cada pueblo contrataba a un médico para que asistiera a los pobres abonándole una cantidad que el ayuntamiento sufragaba con los bienes de propios. El cacique decidía a quién se le asignaba. No obstante libremente podía establecerse otro médico en el pueblo con lo cual el cacique podía jugar con ambos médicos enfrentándolos por la clientela y la supervivencia.

Esto nos lo cuenta el médico cordobés Luis M.^a Ramírez de las Casas-Deza en sus *Memorias*: «hallábame en Córdoba ya con mi título de médico

(17) Calvo y Martín, José: *Los españoles...*, p. 144.

y no por eso podía prometerme permanecer en ella. Aunque en aquel tiempo no había tantos médicos como después se han establecido en esta ciudad y en todas las poblaciones, pues hay casi tantos como enfermos, era necesario que pasase mucho tiempo antes de lograr algún establecimiento y mis escasos recursos no me permitían esta dilación. Me ví en la necesidad de dejar mi casa y mi patria y buscar colocación en un pueblo. Llegó a mí la noticia, por aquellos días, que iba a vacar la plaza de médico en Bujalance, y que en esta ciudad no había más que el titular y esperando por esta causa y por ser una población grande establecerme allí bien, me resolví a marchar a ella. Procuré algunas recomendaciones para sujetos de aquella ciudad que me dio el provisor y vicario general del obispado don Joaquín M.^a Villavicencio y me puse en camino el ocho de enero de 1827» (18).

«La necesidad me obligó a salir de mi casa con bien pocos recursos y como a la aventura. En Bujalance me hicieron muy buena acogida los sujetos a quienes iba recomendado, especialmente un matrimonio rico y sin hijos, y de muy buen corazón. Me coloqué en una casa inferior que fue lo que encontré, manteniéndome yo por mi cuenta, con la esperanza de mejorar mi situación; y aunque el pueblo, como vi después no era en aquel tiempo a propósito, por varias razones, para que un médico hiciese fortuna, como yo lisonjeaba de que iba a ser menos por algún tiempo, no podía menos de hacer un decente establecimiento y así me lo pronosticaban mis protectores. Solicité la plaza de médico titular a méritos y sin sueldo y de este modo la obtuve sin dificultad» (19).

Vemos, pues, aquí un médico que toma el pueblo como pretexto de miedo personal, de conseguir riqueza, viendo en la ciudad el fin deseado y «el último grado de la escala galénica», y pasa entonces su tiempo esperando el astro que debe guiarlo a la corte.

Pero esta situación cómoda de espera le iba a durar poco al joven médico Luis M.^a Ramírez de las Casas-Deza. El ejercicio de la medicina en el siglo XIX era entendida como profesión «liberal» o sea «relación libre entre médico y enfermo», guiaba unas veces por un interés «benéfico» o «científico» (en el caso del médico titular o de la actividad hospitalaria) y en la mayoría de las ocasiones por una relación «económica» entre profesional y cliente. En el caso del médico titular su compromiso era asistir gratuitamente a los enfermos pobres a cambio de poder asistir a los ricos de la localidad. La mayoría de las veces el ayuntamiento tenía que concertar con un médico la asistencia a los enfermos de la «beneficencia», pero las cantidades abonadas eran tan ínfimas que si este médico no conseguía una clientela particular de familias acomodadas tenía que abandonar el pueblo por no poder vivir decorosamente. Esto es lo que ocurrió a Luis María de las Casas-Deza. Veámoslo en su propio relato. «No habría pasado mes y medio cuando me dieron noticia de que se me había presentado otro médico en el pueblo, lo que me causó algún disgusto y más me hubiera debido causar si hubiera sa-

(18) Ramírez de las Casas-Deza, Luis M.^a: *Memorias*, p. 59.

(19) *Ibid.*

bido la clase de sujeto que era. En efecto, de Encinas Reales, donde se hallaba, había ido a tomar conocimiento para trasladarse a Bujalance, como lo verificó a los pocos días con su familia. El tal médico, que era valenciano, se presentó usando el mismo manejo de curanderos y saltimbanquis, bien persuadido como hombre de mundo, pero no de honor ni de conciencia, de que éste es el mejor medio de introducirse, cuando yo, como hombre de educación y delicadeza no podía adoptar su conducta, y como falto de experiencia creía que el mejor medio de tener aceptación era adquirir conocimientos, portarme con educación, tratar con afabilidad a toda clase de gentes y especialmente a los pobres. ¡Cuán miserablemente me engañaba mi poca edad y mi sencillez! (20).

«Mi comprofesor se jactaba de sus conocimientos, que a la verdad eran pocos y malos; era continuo en el billar y en otras reuniones; se allanó desde luego para adular y complacer a los enfermos ricos y orgullosos, a ejecutar los ministerio más bajos y de este logró aceptación y se hizo lugar, privándome a mí de muchas casas que en otro caso se hubieran valido de mi asistencia. Se decía en el pueblo que, aunque no era estudioso y de talento, yo principiaba entonces a ejercer y que mi comprofesor era, por sus años, de más práctica y experiencia. En tal estado mi establecimiento no progresaba y con las pocas casas ricas que visitaba y con no pagarme los pobres el triste honorario de un real por visita, absolutamente no podía vivir. Yo, aunque hablaba de lo que pasaba en mi establecimiento con las personas que me protegían, lo hacía con mucha templanza sin lamentarme y sin dar a conocer mi triste situación, bien persuadido de que hubiera hecho lo contrario, lejos de adelantar algo y de conseguir algún alivio, hubiera empeorado, y así yo disimulaba y sufría acordándome de aquella sentencia que dice»:

«Calla tu padecer noble y profundo:

La desgracia es ridícula en el mundo» (21).

El médico Luis María Ramírez de las Casas-Deza es el prototipo de médico sin vocación que toma el pueblo o aldea como pretexto de medro personal o de riqueza y que ante la competencia de otro médico no lucha, sino que huye y busca otro lugar donde progresar rápidamente. Siguiendo su relato el célebre historiador cordobés nos dice: «Entonces llegué yo a echar cuentas sobre marcharme a un partido de cualquier parte donde me saliese, pero fuera de que esto era muy difícil estando lejos y sin relaciones, yo tampoco contaba con medios para un viaje largo. A esto se agrega que estaba en la obligación de mantener a la pobre anciana Narcisa, el ama que había sido de mi casa o bien separada de mí, o en mi compañía» (22).

Después hace unas confesiones sobre el triste destino de un médico cuando fracasa en el ejercicio profesional en una época en el que era típicamente liberal, afirma: «No hay persona alguna que se encuentre más sin re-

(20) Ramírez de las Casas-Deza, Luis M.ª: *Memorias*, p. 60.

(21) Idem: *Memorias*, p. 61, nota. n.º 25.

(22) Idem: *Memorias*, p. 60.

cuerdos que un médico, cuando tiene mal establecimiento y no cuenta más que con la medicina. Si el médico manifiesta que no tiene visitas, pierde, porque lo llaman entonces menos. Si se dedica a otra profesión para ayudarse, pierde igualmente por la razón expuesta y porque dice que desatiende a su profesión». Entonces llega a preguntarse: «¿Y a qué se dedica un médico como tal si no toma pulsos?». A nada absolutamente, responde. Y finalmente termina con una frase lapidaria: «la medicina sólo sirve en la desgracia para morirse de hambre» (23).

Más adelante relata la problemática y el drama de muchos médicos rurales. Después de dar timbos de pueblo en pueblo: primero pasa a Villafranca. Allí encuentra la competencia del cirujano romancista, que, como cuñado del alcalde, visitaba hasta enfermos de medicina. En lugar de luchar profesionalmente, él confiesa que, dominado por una profunda tristeza, se dedicaba a pasar a orillas del Guadalquivir a la sombra de las alamedas que allí había, componiendo tercetos para sus amigos.

Desde allí se muda a El Carpio y a poco consigue la plaza de titular en Morente, plaza que lleva desde Bujalance. Unos años más tarde consigue la plaza de médico titular de El Carpio, dotada de una renta de 200 ducados a cargo del caudal de propios, y un sistema de igualas de un total de 5.000 reales. Además, acumulaba la plaza de Morente. Cuando todo parecía marchar bien, resulta que el ayuntamiento no pagaba la renta y las igualas había que cobrarlas en frase suya «pasando de puerta en puerta como quien pide limosna», pues la gente no pagaba al cobrador, sino «solo al médico en persona».

Esta es a grandes rasgos la visión del ejercicio médico en el siglo XIX con sus miserias y grandezas, gracias a los testimonios literarios que han llegado hasta nosotros. En el caso de Córdoba, gracias al de un médico escritor que truncó su vocación y al final tuvo que dedicarse a lo que realmente debió dedicarse desde un primer momento: a escribir, pues era para lo que realmente había nacido y para lo que se había formado.

No es ese precisamente el caso de nuestro recipiendario de hoy en la Real Academia, que se ve que nació para la literatura como su paisano Juan Alfonso de Baena. En su villa natal aprendió a estudiar como un gran autodidacta; él podría decir como el autor el Cancionero de Baena:

«Yo ley dentro Vaena
dó aprendí facer borrones».

Con la diferencia de que los borrones eran artículos literarios en las revistas locales. Pero nuestro nuevo académico no se conformó con ser profeta en su patria chica, sino que con su tesón e inteligencia supo superar su condición económica y social en un pueblo donde todavía perduran mentalidades medievales. Precisamente por amor a su ciudad natal José María hace el doctorado sobre: «La creación poética de don Francisco Valverde y Perales», un ilustre baenense que fue escritor, poeta, historiador y arqueólogo.

(23) Idem: *Memorias*, p. 60.

go, autor de una de las mejores historias locales. Es un mérito extraordinario el haber ascendido en la escala intelectual por su trabajo y estudio hasta llegar a su magnífica situación en Córdoba, donde es admirado por su maestría en la narrativa y como maestro en literatura. Sus alumnos le recuerdan con cariño y agradecimiento. Hoy hemos de felicitarnos de que la gloria cordobesa en la literatura tenga hoy su reflejo en este baenense hondo y recio que tiembla su pluma en las aguas de nuestro dulce Betis al tiempo que hace crítica de altura de muchas de las obras que se produjeron y se producen y claro en la amistad, cortés y amable en el trato social. Pertenece a la categoría de los maestros porque no solo en la cátedra derramas cultura, sino donde estés, en la sala de conferencias, en el sillón académico y hasta en la conversación amistosa donde tu palabra y prudente criterio sientan cátedra.

La Academia te abre las puertas y te recibe con la más cálida de las acogidas esperando sigas dando a ella los frutos de tu creación artística y prudencia infinitas.

